



Leonardo de Moyua
(Leo de Silka)

EN "BELLAS ARTES"



CONCIERTO LEO DE SILKA

(3 Junio 1800)

El incomparable pianista ha puesto punto final á la brillante temporada de «Bellas Artes» en este año.

Ningún artista de mejor cincel podía labrar la corona de una campaña artística tan lucida.

Leo de Silka tenía miedo, como lo tiene siempre; pero el de ahora era mayor porque apenas había tenido tiempo para prepararse. *Veinticinco días* para estudiar música de Weber, de Schubert y de Mendelssohn y poder tocarla de memoria y con la perfección que él lo hace, es ciertamente poco tiempo para quien no tenga la fuerza de voluntad que él tiene.

Del miedo de Leo podría hacerse una leyenda, digna de ser puesta en música por Medelssohn, en la cual leyenda resultase que de las febrilidades del pavor saliesen las más hermosas concepciones artísticas expresadas con la propia brillantez del sol.

Medroso y todo se sentó al piano y tocó la sonata de Weber, varios números de Schubert y otros varios de Mendelssohn.

Si el símil pasase diríamos que contó con el inimitable lenguaje del piano tres cuentos á cual más interesantes: el de un enfermo, el de un desgracido y el de un loco.

La sonata de Weber, cuyas dificultades solo los Leo de Silka pueden vencerlas, parece algo así como la agonía de un poeta que delira. En la pesadilla de su fiebre maneja una frase, hermosa figura con la que juega, la lleva, la trae, la viste de diversas formas deslumbradoras, quiere dejarla, olvidarla, y vuelve irresistiblemente á ella rendido y enamorado con el amor tibio y dulce del que de amores muere. Los dos tiempos del final, y especialmente el último, son expresión gráfica, en lo que de gráfico puede tener el arte, de esa ilusión.

El *allegro* y el *adagio* de la fantasía 15 de Schubert son otra relación hecha por una mente no enferma, pero sí abrumada por las tempestades del espacio y por el vértigo de los abismos. El *adagio*, sobre todo, es página soberbia de inspiración en la que tanto domina lo tétrico y doloroso, que dá ganas de gritar como Goethe: ¡luz, luz....!

En el *impromptu*, la tristeza quiere disfrazarse de alegría, pero bajo el jugueteo y el retozo con que la imaginación pretende distraer el sentimiento, palpita fatalmente la idea sombría gérmen de la desesperación.

Hasta en la marcha militar, con toda su brillantez, con todo su mecanismo armónico, con todo su juego de tonalidades, preside un vago presentimiento al que no se sustraen las bellezas de forma de que está dotada página tan genial.

Por último, las variaciones serias y las tres romanzas sin palabras de Mendelssohn testimoniaron su locura, locura divina, hamletiana, de la que no surgen manifestaciones de histerismo artístico, sino esplendideces de una fantasía desbordada, grandezas de una imaginación pléttica de ideas bellas. ¿Para qué palabras? Tiene razón el loco ideal. Sin ellas hay idilios y elegías, poemas y tragedias....

Más difícil que explicar toda la celestial demencia de Mendelssohn, toda la amargura moral de Schubert y toda la leyenda romántica de Weber sería explicar cómo tocó tales obras Leo de Silka.

Pongan ustedes todos los primores de ejecución, todas las delicadezas de dicción y todas las grandezas de sentimiento; echen ustedes más, cargandó la mano, y formarán una idea aproximada de su colosal labor artística. Decir todo lo que puede ocurrírsele á uno juzgando su trabajo, sería repetir lo que sabe todo el mundo como sabe él las obras que ejecuta: de memoria.

Repetió un tiempo de la sonata de Weber, el *impromptu* de Schubert y una romanza de Mendelssohn y tocó otra más de propina y se le aplaudió como se aplaude siempre á Leo de Silka: con entusiasmo rayano en el delirio y provocado por su maestría indiscutible, por su gusto incomparable y por su labor gigantesca y concienzuda para la cual habrá nuevas frases de elogio si se hace un nuevo Diccionario de la Lengua.

Y si no, nó.

ANGEL MARÍA CASTELL.

